Para: Alejandro Cruz Romero.
Dirección: Avenida del Aljarafe, nº 33

Esta carta es para aquella persona que, como un ángel, me salvó en mis peores momentos, cuando sólo había oscuridad en el cielo y andaba solitario buscando respuestas del porqué de mi existencia. Tú, que fuiste como una estrella que me guió en mi eterna noche, encontré en ti lo que había perdido en mí después de tantas heridas causadas por un mundo frío y vacío en el que solo quería morir, pero, aquello que deseaba era lo que me causaba miedo y, al mismo tiempo, lo que no me dejaba dormir. Sin darme cuenta, poco a poco empezó a fluir algo mayor en mi interior, algo que me hacía flotar en una nube cuando me encontraba cerca de tí y que conseguía transformar mis días más amargos en unos más dulces.

Tuve esperanzas por un momento de que tú y yo fuésemos algo, quizá un "nosotros". Intenté confesarme, pero tuve miedo y no lo hice, así que llegó el verano y con él, nuestros caminos divergieron. Poco después supe que tenías una pareja y aquella oscuridad de la cual había conseguido huir, volvió a mí. Las lágrimas caían sobre mi rostro, brotando desconsoladamente cada vez que comenzaba a esconderse el Sol. Era incapaz de verme y el atardecer me entristecía porque sabía que al caer la noche, sin darme cuenta, volvería a contarle a la Luna todo lo que sentía.

Llegó el curso siguiente, pero ya no estábamos juntos y no era capaz de preguntar cómo estabas. Al mantener esos sentimientos ocultos en mi interior, empecé a escribir y plasmar mi amor por tí en poemas como *El florecer de un sentimiento*, donde recordaba aquel día en el que caminaba detrás de tí al volver a casa, tan sólo a unos pocos pasos de diferencia. Sin embargo, para mí, esa pequeña distancia era tan lejana y tan cercana a la vez, que me hacía sentir como un pequeño girasol que giraba al compás de su radiante Sol.

Pasó otro año y mis sentimientos fueron apagándose. Las estaciones fueron pasando y con ellas, mis poemas comenzaron a tratar el amor a través de las mismas: el otoño marcó la muerte de los sentimientos, así como se marchitan las flores y los árboles, y la primavera trajo con ella nuevas esperanzas que ansiaban florecer. Pero al verte de nuevo, algo nacería

en mi pecho, haciendo arder las cenizas de un amor que ya había cesado en mi corazón. Mientras tanto, yo rogaba que no se encendiera la llama, para poder olvidar ese dolor que sentía y esos sentimientos que me ataban como una cadena de la cual no podía escapar.

Sin embargo, llegó un momento en el que todo esto cambió. Me armé de valor y fortaleza para hablarte, pero descubrí que no estaba a tu altura. Tú eras un vino de una calidad inigualable y yo, un simple cáliz que rogaba por contener aunque fuese una diminuta gota de tu ser, pues no hay dos vinos iguales en este mundo para contener uno. Asumí que tendría que conformarme con un vino que no fuese el tuyo, aunque no te niego que sigo soñando con que llegue el día en el que rebose del tuyo.

Tras soportar durante cuatros años este dolor inmenso, hace solamente uno que por fin todo se desvaneció. A pesar del tiempo, sigo recordándote como aquel chico que me guió a través del camino del arcoiris, pues fuiste el primero que se coló en mi corazón y me robó la respiración, haciéndome abrir los ojos al respecto. Por ello, una parte de ese sentimiento sigue conmigo, ya que cada vez que veo a un pingüino, animal con el cual te recordaba, me sigo acordando de tí.

A pesar de estos cuatro años, sigo imaginándome una vida feliz a tu lado donde todo son sonrisas y donde mis carencias desaparecen. Sé que todo no sería perfecto como en mi imaginación ocurre, ya que en mi vida no está escrita aquella felicidad con la que una vez soñé y sigo soñando. Aunque parece que nuestros caminos no están destinados a unirse, hay algo que nunca nadie podrá controlar: la capacidad de mi imaginación.

Puede que estas palabras manifiesten que en el fondo sigue habiendo un sentimiento latente del cual no soy consciente o no quiero aceptar, pero es que te mentiría si te digo que no sigo pensando en qué hubiese pasado si te hubiera confesado lo que mi corazón sentía…quién sabe, a lo mejor ahora estaríamos caminando de la mano. Por dentro sólo quiero pensar que seguiríamos juntos y seríamos felices, pero por otro lado, no me arrepiento del camino que escogí, ya que me ayudó a encontrarme y a aprender todo lo que hoy sé.